

Cuando un lector se convierte en tigre

Nueva memoria del tigre de Eduardo Lizalde

Jesús Vicente García



Tiger after Nature, E. Spilsbury, Londres, 1853

HAY TRES POETAS QUE ME CAMBIARON la vida: Efraín Huerta, José Alfredo Jiménez y Eduardo Lizalde. El primero por la noche y la bohemia, por esos hombres del alba, llenos de soledad y de coraje, lo cual me recuerda ese despertar friolento a la realidad cuando nuestro compañero de parranda nos dice a las siete de la mañana: “pero si no dormiste nada”, y las lagunas mentales nos hacen jugarretas poco agradables.

A José Alfredo le estoy agradecido por permitirme vivir la cantina en su máximo esplendor; él es el dueño de la noche, porque al

cantar, vía rocola, el mundo no puede seguir

siendo el mismo, y hasta los tequilas saben distinto.

Pero hay otro poeta que me hechizó: Eduardo Lizalde. Con él, la conexión fue por medio de mi amigo gato, cuyo nombre era Pamelito, símbolo de la noche, del jazz, de la parranda, del trago. Fue una mañana de julio que mediante la maestra Lilia Márquez tuve en mis manos una antología de Lizalde, la cual ya no pude soltar, pero ella sí me soltó: perdí el libro en un viaje de Metro, después de una parranda, era 1995. Por fortuna, una librería de viejo me hizo lector joven y me salvó la vida en materia de



Eduardo Lizalde
Nueva memoria del tigre (Poesía 1949-1991)
México, FCE, 1995, 381 pp.

lecturas. Así que conseguí la misma edición. Su poesía felina se metió en mí:

Hay un tigre en la casa
que desgarrar por dentro al que lo mira.
Y sólo tiene zarpas para el que lo espía
y sólo puede herir por dentro,
y es enorme:
más largo y más pesado
que otros gatos gordos [...]

Yo lo comparaba con Pamelito, aunque éste era delgado. Cada poema que leía era una mirada a mi gato (y otro al garabato), lo estudiaba con más curiosidad cuando comía, cuando se bañaba con su lengua, al ronronear, en sus saltos en la barda de la vecindad, su forma de esconderse cuando no quería que mis tíos lo viesan, cuando veía sus ojos rojos en la noche y era como un diablito negro con blanco. Yo era un niño con juguete nuevo.

El tigre de Lizalde es una especie de poética para sí mismo. Al releerlo, se nota que el tigre llena todas las cosas, dentro y fuera de las personas; el tigre es

un poeta y Eduardo es acaso quien toma dictado del felino y escribe: “[...] el amor era una fiera lentísima”. Los tigres son nuestros sentidos y nuestras formas de percibir la vida mediante el poeta. El amor llega como un gatito, pero al irse es una fiera y nos despedaza, nos echa a la hoguera. No tenemos escapatoria al leerlo, uno se convierte en el otro, en ese que vemos en el espejo y aunque deseemos verlo lleno de vida, a veces el reflejo es un fiasco, y no es el mismo tigre que vemos en el trabajo, en la escuela, en el amor correspondido o en la “violencia amorosa”, como diría Efraín Huerta. El tigre está en momentos límite de la vida, y la cotidianidad es un clímax constante. Está en la realidad y en los sueños.

Sin embargo, si me pidieran ir más al grano con esto de los tigres de Lizalde y mi recepción, sin divagar en exceso, puedo decir que representa al poeta y al arte. En *Otros tigres* describe lo que es un ser rayado y al mismo tiempo un poeta: personas que representan las antenas de la sociedad. Son lo que dijo Paz en *Los hijos del limo* y en “Los signos en rotación”: unos profetas; no sólo se adelantan a su tiempo, sino a todos los tiempos; nos dibujan y nos abren ventanas.

El tigre duerme con un ojo al gato
y otro al garabato, con las esclusas
abiertas al oído, en la selva o la casa

Es ver a un poeta que no duerme y cuando lo intenta, escribe y sueña sin escribir, o sueña que escribe. Son personas-tigre que tienen un pie delante de los otros y de sí mismos sin saberlo. Así como hay tigres en Lizalde, hay poetas en sus tigres: los que tienen alma diminuta, los verdugos, los que tienen convicción y valor y se avientan a las brasas, el enemigo que une al otro por medio del dolor, el tigre-poeta que necesita de su espacio para la creación: la cantina; el que niega las poéticas ajenas, pero conforma las suyas, el que observa y es observado; el tigre “cuya lengua es el idioma dorado de su gula y su miseria majestuosa”; el vanidoso, el que anda a paso de poeta-tigre guapeando entre la selva, entre otros muchos que mediante la prosopopeya se adueña de los hombres y los lectores.



También está el arte, la estética; el tigre que se sabe hermoso, cuyas rayas son cuchillos en acción, el que destruye y devora y deja al hombre con un ojo al gato y otro al garabato, el de la lluvia de zarpas, garras, rayas, colmillos: palabras que suenan punzocortantes; aliteraciones al servicio de la creación.

Por eso, mi experiencia como lector de Lizalde está llena de referentes felinos. Es difícil desprenderse de estas imágenes: “El tigre es una lámpara amarilla/ que la crueldad apaga por la noche”. Porque la noche es para el tigre. No lo ven, pero él sí ve. Y esas luces nocturnas que sí miran son el poeta mismo, los poetas, en el momento de la creación literaria. Hay algo ahí que me hace pensar que un poeta se convierte en tigre, en gato, en pantera, cuando hace versos. Su noche le permite encender la luz que le hará ver lo que nadie de nosotros, simples mortales, puede siquiera mirar de pasada.

En una entrevista que le hace Marco Antonio Campos, publicado en *El poeta en un poema*, Eduardo Lizalde dice que el tigre representa la monstruosidad, la desgracia amorosa en su conjunto, “es una categoría de la desgracia y del terror”. De ahí el uso del color rojo, la sangre, el amarillo, las rayas, el misterio, las sacudidas, la relación sadomasoquista, la venganza, la catástrofe. Sus felinos son símbolo de la modernidad, y con todo, me parece que no es necesario buscarle tres pies al tigre de Lizalde, porque por muy negativo que quiera verse, no es oscura su poesía, es tan clara como un tigre en el día, como un gato recostado que no duerme, que está a la expectativa de todo lo que le rodea, igual que un artista, que un poeta, esos seres

que me parecen formidables, porque en pocas palabras construyen y destruyen un mundo y muchos mundos. Hechizan. Fascinan.

He releído a Lizalde y me descubro, me reinvento: las rayas del tigre son las experiencias del lector, que a su vez se convierten en la otredad, en el otro tigre que bebe el agua y se ve reflejado, pero no se puede beber a sí mismo si no hace algo para asirse a la vida, aunque por el simple hecho de leer poesía ya está en otro terreno de existencia, ya no está parcialmente ciego, ya puede ver en las tinieblas lo que el común de las personas jamás; igual que el tigre que ve en la noche, que se adueña de la luna, que bosteza para darle paso a su labor: la poesía. El tigre es un poeta, pero no todo poeta es un tigre. Por eso, la muerte de Dios quizá sea de menos trascendencia que la muerte de los tigres y, en consecuencia, de los poetas, como lo apunta en un poema, en que los felinos devoran al Creador; los tigres son eternos en su rayada blasfemia.

Por eso concluyo que sus felinos me hechizaron, o algo mágico tendrá su poesía, a tal grado que siento transformarme cada que esos tigres entran por mis ojos. Me convierto en gato, en Pameló, en un ser rayado, al hincarle el diente a los poemas de Lizalde, y hasta puedo jurar que veo garras en lugar de dedos en los dos lados del libro al sostenerlo y no me atrevo a mirar al espejo por miedo a acertar, prefiero leerlo y saber que es una oportunidad de dejar de ser un simple mortal para ponerme mi piel de rayas y gruñir poéticamente. ▀